

mente en la cárcel, no podía tomar una parte activa en semejante aventura. A pesar de ello, estuvo presa más de dos meses. Su marido, un eminente juriconsulto, trató en vano que la pusieran al instante en libertad. « Sabemos ahora — le contestaron los jefes de la gendarmería que ella no ha tenido participación en la fuga; pero como hemos dado parte al emperador de haber detenido á la persona que la había organizado, es necesario que pase algún tiempo para que el zar pueda acostumbrarse á la idea de que no está en nuestro poder el culpable ».

Atravesé Suecia sin detenerme en parte alguna, yendo á Cristiania, donde esperé algunos días la salida de un vapor para Hull, aprovechando aquel intervalo en adquirir informaciones respecto al partido de los agricultores del *Storthing* noruego.

Cuando me dirigía al buque, me preguntaba lleno de ansiedad: « ¿Bajo qué bandera navegará? ¿Será noruega, alemana ó inglesa? » Mas pronto vi flotar sobre la popa la *Union Jack*, bandera á cuya sombra tantos refugiados rusos, italianos, franceses, húngaros y de todas las naciones, han hallado un asilo. Saludé desde el fondo de mi corazón la bandera del pueblo hospitalario.

## PARTE SEXTA

### LA EUROPA OCCIDENTAL.

#### I.

Al aproximarnos á las costas de Inglaterra estalló una tempestad en el Mar del Norte. Pero aquello, en vez de causarme disgusto, me produjo placer; la lucha de nuestro vapor contra las embravecidas olas me encantaba, dejando transcurrir horas enteras sentado en la proa, recibiendo en el rostro la espuma del furioso mar. Después de los dos años que había pasado en una sombría casamata, todas las fibras de mi ser parecían anhelantes y ansiosas de gozar de la completa intensidad de la vida.

Mi propósito era no permanecer en el extranjero más que algunas semanas ó meses, cuando más; únicamente lo preciso para dar lugar á que se disipara la polvareda levantada con motivo de mi fuga, y al mismo tiempo restablecer algo mi salud. Desembarqué bajo el seudónimo de Levashoff, que fué el que usé al salir de Rusia; y no pensando en ir á Londres, donde los espías de la embajada rusa darían pronto con mi paradero, me marché primero á Edimburgo.

Pero las cosas se arreglaron de tal modo que, á pesar de semejantes intenciones, no he vuelto más á Rusia. Pronto me vi arrastrado por la ola del movimiento anarquista, que entonces precisamente se elevaba en la Europa occidental, y creí que podría ser más útil ayudando á aquél á desenvolverse y hallar su forma propia de expresión, que cuanto me hubiera sido dado hacer en mi país. En él era demasiado conocido

para poder efectuar una propaganda eficaz, especialmente entre los obreros y agricultores, y más tarde, cuando el movimiento se convirtió allí en una conspiración permanente y una lucha encarnizada contra los representantes de la autocracia, toda idea de una acción popular fué necesariamente abandonada. Mis propias inclinaciones, por otra parte, me impulsaban cada vez con más intensidad á unir mi suerte á la de las clases trabajadoras y desheredadas. Presentarles ante su vista tales concepciones que puedan ayudarles á encaminar sus esfuerzos en la dirección que más convenga al interés de todos los productores en general, profundizar y ensanchar los ideales y principios que han de servir de base á la futura revolución social, desarrollándolos y haciéndolos comprensibles á los trabajadores, á fin de que influyan en ellos no como una orden emanada del jefe, sino como resultado de su propio raciocinio; despertando de este modo su iniciativa individual, ahora que están llamados á aparecer en la clásica arena como los fundadores de un nuevo y equitativo modo de organización de la sociedad; lo cual me parecía tan necesario para el desarrollo de la humanidad como todo lo que en esa época hubiera yo podido hacer en Rusia. De acuerdo, pues, con estas ideas, me uní á los pocos hombres que trabajaban en tal sentido en la Europa occidental, relevando á aquellos á quienes largos años de una lucha penosa habían dejado fuera de combate.

\* \* \*

Cuando desembarqué en Hull y fuí á Edimburgo, sólo á muy pocos amigos de mi país y de la Federación del Jura informé de mi feliz llegada á Inglaterra.

Un socialista debe confiar siempre para vivir en su trabajo personal, y, en su consecuencia, tan pronto como me instalé en una pequeña habitación situada en un barrio extremo de la capital de Escocia, procuré buscar algún trabajo.

Entre los pasajeros que venían á bordo de nuestro vapor, había un profesor noruego, con quien conversé más de una vez, procurando recordar lo poco que antes sabía de la lengua sueca. El hablaba alemán; pero al ver que yo trataba de aprender su idioma, me dijo: « Puesto que sabéis alguna cosa, hagamos uso del noruego ».

— ¿Queréis decir sueco? — me atreví á preguntar — ¿No es esto lo que hablo?

— Me parece más bien noruego que otra cosa — fué su contestación.

Ocurriéndome así lo mismo que á uno de los héroes de Julio Verne, que aprendió por equivocación portugués en vez de castellano. De todos modos, lo cierto es que hablé largo y tendido con el profesor, aunque fuera en noruego, y él me dió un periódico de Cristiania que contenía la Memoria de la expedición ártica que acababa de regresar á su país.

Desde el momento que me vi en Edimburgo escribí un suelto en inglés respecto á estas exploraciones y se lo remití á *Nature*, que mi hermano y yo leíamos con regularidad desde su primera aparición. El subdirector acusó su recibo, dando al mismo tiempo las gracias y observando con una marcada benevolencia que á menudo he encontrado después en su país, que mi inglés resultaba aceptable, no necesitando más que ha-



cerse « un poco más idiomático ». Por mi parte, sólo puedo decir que estudié dicha lengua en Rusia, habiendo traducido en compañía de mi hermano la *Filosofía de la Geología*, de Page, y los *Principios de Biología*, de Spencer. Más como sólo lo había aprendido teóricamente, lo pronunciaba muy mal; así que me era muy difícil entenderme con la patrona, escribiendo su hija y yo en una tira de papel lo que teníamos que comunicarnos; y como mis conocimientos del inglés corriente eran nulos, debí cometer los más divertidos errores. Recuerdo, por ejemplo, el haber protestado una vez por escrito de que no era « una taza », sino varias, las que esperaba me dieran á la hora del te. Es muy posible que la patrona me tomara por un glotón; pero debo manifestar, en descargo mío, que en los libros de geología que había leído en inglés, ni en la obra de Spencer, antes mencionada, había la más pequeña alusión á tan importante asunto como es el de beber te.

Recibí de Rusia el *Diario de la Sociedad Geográfica*, y pronto empecé á remitir también al *Times*, de cuándo en cuándo, algunos apuntes sobre las exploraciones geográficas rusas. En aquel tiempo estaba Prjevalsky en el Asia central, y sus noticias se leían con interés en Inglaterra.

Sin embargo, el dinero con que llegué iba desapareciendo rápidamente, y como toda mi correspondencia dirigida á Rusia era interceptada, no logré conseguir dar á conocer mi dirección á la familia. Por cuyo motivo, á las pocas semanas me trasladé á Londres, esperando poder encontrar allí más regularidad en el trabajo.

El antiguo refugiado P. L. Lavroff continuaba publicando en la gran metrópoli su periódico *Adelante*; pero como yo esperaba volver pronto á mi país, y la redacción de aquél debía estar muy vigilada por espías, no fuí á ella.

Me presenté, como es natural, en la de la *Nature*, donde fuí muy cordialmente recibido por el gerente M. J. Scott Keltie. El director deseaba ampliar la sección de informaciones, y le pareció bien el modo como yo las escribía. Así que pusieron á mi disposición una mesa, sobre la cual colocaron Revistas científicas de todos los países. « Venid todos los lunes, M. Levashoff — me dijeron —; hojead estas Revistas, y si hay algún artículo que os llame la atención, escribid un suelto ó marcadlo; nosotros lo enviaremos á un especialista. M. Keltie no sabía, por de contado, que yo acostumbraba á escribir mi original tres ó cuatro veces antes de presentárselo. Me llevé, pues, las dichas Revistas á casa, y con lo que tomaba de ellas para la *Nature* y los sueltos del *Times*, saqué cómodamente con que poder vivir. La costumbre de pagar todos los jueves los trabajos de la índole del mío, remitidos á este último, me pareció excelente. Es verdad que había semanas en que no se recibían noticias interesantes de Prjevalsky, y las de otras partes carecían de interés, en cuyo caso la alimentación tenía que reducirse á pan y te solamente.

Un día, sin embargo, el gerente tomó de un estante varios libros rusos, encargándome hiciera una crónica para la *Nature*. Su vista me produjo una impresión embarazosa, pues hallé que eran mis obras sobre *El Período Glacial* y *La orografía de Asia*. Siendo mi hermano quien había mandado aquellos ejemplares á nuestra Revista favorita. Como

me encontraba en gran perplejidad, metí los libros en mi saco de mano y me los llevé á casa para reflexionar sobre el asunto.

« ¿Qué debo hacer? — me pregunté en el acto — No puedo elogiarlos, porque son míos, ni criticarlos, puesto que ellos expresan mis opiniones ». Decidí devolverlos al día siguiente y manifestarle á M. Keltie que, á pesar de haberme presentado con otro nombre, yo era el autor de esos libros y no podía, por lo tanto, juzgarlos.

Dicho señor sabía por los periódicos algo respecto á mi fuga, y se manifestó muy complacido de hallarme libre de todo peligro en Inglaterra. En cuanto á mis escrúpulos, observó con muy buen juicio que podía abstenerme de censurar ó elogiar al autor, limitándome sencillamente á dar cuenta á los lectores del contenido de aquéllos. Desde ese día quedamos unidos por los lazos de una sincera y leal amistad.

\* \* \*

En Noviembre ó Diciembre del 76, viendo en la parte del periódico de P. L. Lavroff, dedicada á la correspondencia, un aviso á « K » para que se presentara en la redacción á recoger una carta de Rusia, y creyendo se trataba de mí, fuí allá y pronto entablé amistad con aquél y los jóvenes que le ayudaban.

Cuando llegué la primera vez á dicho lugar, afeitado y con sombrero de copa, y pregunté á la señora que me abrió en mi mejor inglés posible si estaba M. Lavroff, me figuré que nadie podría imaginar quién era yo, y sin embargo, aquélla, que jamás me había visto, pero que conoció á mi hermano en Zurich, me reconoció al punto y subió á decir quién era el visitante. « En cuanto os vi los ojos — me dijo después —, supe quién érais en el acto, pues tienen un gran parecido con los de vuestro hermano.

Aquella vez no permanecí mucho tiempo en Inglaterra. Había mantenido una activa correspondencia con mi amigo Jaime Guillaume de la Federación del Jura, y tan pronto como encontré algún trabajo permanente de geografía, que pudiera hacerse en Suiza lo mismo que en Londres, me marché allí. Por otra parte, en las cartas que al fin recibí de casa me decían que no hallaban inconveniente en que permaneciera en el extranjero, no habiendo de momento nada que hacer en Rusia, donde dominaba entonces una corriente de entusiasmo en favor de los eslavos que se habían rebelado contra la antigua opresión turca. Y mis mejores amigos, como Serghéi (Stepniak), Kelnitz y otros muchos, se habían marchado á la península de los Balkanes á unirse á la insurrección. « Leemos — me escribía un amigo — la correspondencia del *Daily News* sobre los horrores de Bulgaria, y su lectura nos hace verter lágrimas, corriendo después á prestar nuestro concurso á la obra de emancipación ».

Llegué á Suiza, ingresé en la Federación del Jura, perteneciente á la Asociación Internacional de Trabajadores, y siguiendo los consejos de mis amigos del país, fijé mi residencia en La Chaux-de-Fonds.

## II.

La Federación del Jura ha representado un papel importante en el moderno desarrollo del socialismo.



Sucede siempre que, después que un partido político ha manifestado una aspiración definitiva, proclamando que no se contentará con menos de lo consignado en su programa, se divide en dos fracciones. Una de ellas permanece inalterable, mientras que la otra, aunque pretendiendo no haber cambiado nada de sus primitivos propósitos, acepta alguna especie de transacción, y una vez dado el primer paso en este sentido, se va ensanchando la distancia que ha empezado á separar á las dos, hasta que la última llega á alejarse tanto del punto de partida, que termina por convertirse en otra agrupación limitada sólo á pretender muy modestas reformas.

Esto es precisamente lo que ha ocurrido con la Asociación Internacional de Trabajadores. Nada menos que la expropiación de los actuales poseedores de la tierra y el capital, y el pase á manos de los productores de la riqueza de todo aquello que es necesario para su producción, era, en un principio, la franca aspiración de dicha sociedad. Se había hecho un llamamiento á los trabajadores de todas las naciones para que se organizaran en sus países respectivos, á fin de estar dispuestos á luchar directamente contra el capitalismo, á estudiar los medios de socializar la producción de la riqueza y su consumo, y cuando se encontraran aptos para realizarlo, tomar posesión de los elementos de producción y regir ésta, sin preocuparse de la presente organización social, la cual debe sufrir una reconstitución completa.

La asociación ha tenido que ser, por consiguiente, el medio de preparar una inmensa revolución, primero en las inteligencias y más tarde en las formas mismas de vivir; revolución que abriría á la humanidad una nueva era de progreso, basado sobre la solidaridad de todos.

Ese fué el ideal que despertó de su sueño á millones de trabajadores europeos y atrajo á la asociación sus mejores fuerzas intelectuales.

Dos fracciones, sin embargo, se dibujaron en corto tiempo. Cuando la guerra del 70 terminó en una completa derrota para Francia, el levantamiento de la Commune de París fué ahogado en sangre, y las leyes draconianas que se promulgaron contra la asociación excluían á los trabajadores franceses, prohibiendo pertenecieran á ella; y cuando, por otra parte, el gobierno parlamentario había sido introducido en la « unión alemana » — meta adonde aspiraban llegar los radicales desde el 48 —, los alemanes hicieron un esfuerzo para modificar las aspiraciones y la marcha de todo el movimiento socialista.

La « conquista del poder, dentro del actual estado de cosas », vino á ser la consigna de esa fracción que tomó el nombre de « Democracia Socialista ». Su primer triunfo electoral en las elecciones para el Parlamento alemán despertó grandes esperanzas. Habiendo crecido el número de diputados de ese partido de dos á siete y luego á nueve, se calculó confiadamente por hombres que, aparte de esto eran razonables, que antes de terminar el siglo, la democracia socialista tendría mayoría en el Parlamento alemán, pudiendo entonces introducir el « estado popular » por medio de una legislación adecuada. El ideal socialista de esta agrupación perdió gradualmente el carácter de algo que tiene que plantearse por las mismas organizaciones obreras, convirtiéndose en una aspiración á que el Estado intervenga en la vida industrial; en una palabra, en el socialismo de Estado; esto es, en el capitalismo oficial.

Hoy, en Suiza, los esfuerzos de los demócratas socialistas se dirigen en política, á favor de la centralización y contra el federalismo, y en el terreno económico, á procurar que el Estado se haga cargo de los ferrocarriles y monopolicen la banca y la venta de alcoholes. La administración de la tierra y de las principales industrias, y hasta del consumo de la riqueza, sería el paso inmediato en un porvenir más ó menos remoto. Gradualmente, la vida y actividad del partido de la democracia socialista alemana se fué subordinando á consideraciones electorales; las uniones de oficio eran tratadas con desprecio y las huelgas sólo hallaban desaprobación, porque ambas apartaban la atención del obrero de las campañas parlamentarias. Todo movimiento popular, toda agitación revolucionaria en cualquier país de Europa, era mirada en aquellos años por los jefes de dicho partido con mayor animosidad, si cabe, que por la prensa capitalista.

Pero en los pueblos de raza latina este nuevo giro halló poca acogida. Las secciones y federaciones de la Internacional permanecieron fieles á los principios que habían sido proclamados al fundarse la asociación; federales por su historia, hostiles á la idea de un estado centralizado y amantes de las tradiciones revolucionarias, estos trabajadores no podían seguir la evolución de los de Alemania.

La división entre las dos ramas del movimiento socialista se hizo aparente inmediatamente después de la guerra franco-alemana. La asociación, según tengo ya manifestado, había creado una especie de gobierno, bajo la forma de un concejo general con residencia en Londres; y siendo los inspiradores de éste dos alemanes, Engels y Marx, él fué la piedra angular del nuevo partido; en tanto que las federaciones latinas seguían los consejos de Bakounin y sus amigos y se dejaban guiar por ellos.

El conflicto entre los partidarios de Marx y los de Bakounin no tenía un carácter personal; era el resultado inevitable del antagonismo entre los principios federales y los centralizadores; el municipio libre y la paternal tutela del Estado; la acción espontánea de las masas y el mejoramiento de las condiciones capitalistas existentes por medio de la legislación; conflicto entre el espíritu latino y el *Geist* alemán que, después de la derrota de Francia en el campo de batalla, reclama la supremacía, en el terreno de la ciencia, en el de la política y también en el del socialismo, calificando de « científica » su concepción de estas ideas y de « utópica » la de todos los demás.

En el Congreso de La Haya, de la Internacional, celebrado el 72, el concejo general de Londres, valiéndose de una mayoría ficticia, excluyó á Bakounin, á su amigo Guillaume y aún á la misma Federación del Jura, de la asociación. Pero como era indudable que casi todo lo que quedaba entonces de la Internacional, esto es, las federaciones españolas, italianas y belgas, harían causa común con la del Jura, el congreso intentó disolver la asociación. Un nuevo concejo general, compuesto de algunos demócratas socialistas, fué elegido en Nueva York, donde no había organizaciones obreras pertenecientes á esta sociedad que pudieran influir en su conducta ni vigilar sus actos, y donde desde entonces no se ha vuelto á oír hablar más de él. Entre tanto, las federaciones de España, Italia y Belgica, así como la del Jura, siguieron sin disolverse,



reuniéndose anualmente, como de costumbre, durante los cinco ó seis años posteriores, en congresos internacionales.

\* \* \*

La Federación del Jura, en la época en que fui á Suiza, era el centro y la fuerza directriz de las federaciones todas. Bakounin acababa de morir (1.º de Julio del 76); pero aquélla se mantenía en el lugar que había ocupado bajo su impulso.

Las condiciones en que se vivía en Francia, España é Italia eran tales, que sólo el mantenimiento del espíritu revolucionario que se había desarrollado entre los trabajadores internacionalistas antes de la guerra franco-alemana, evitó que los gobiernos apelaran á medidas extremas para acabar con todo el movimiento obrero é inaugurar el reinado del Terror Blanco.

Es cosa bien sabida que el restablecimiento de la monarquía borbónica en Francia estuvo á punto de ser un hecho consumado. Al general Mac Mahón se le mantenía como presidente de la república, sólo con el fin de ir preparando la restauración monárquica; el día mismo de la solemne entrada de Enrique V en París, se hallaba designado, y hasta las guarniciones de los caballos, adornados con la corona é iniciales del pretendiente, estaban listas. Sabiéndose igualmente que, sólo debido á que Gambeta y Clemenceau — los oportunistas y los radicales — habían cubierto una gran parte de Francia de comités que contaban con gentes armadas y dispuestas á levantarse tan pronto como se diera el «goi-pe de Estado», no se realizó éste. Pero la fuerza efectiva de esos comités residía en los trabajadores, muchos de los cuales habían pertenecido antes á la Internacional y conservado el antiguo espíritu revolucionario. Hablando por propia experiencia, no creo aventurado afirmar que los jefes radicales de la clase media, hubieran flaqueado en caso de ser necesaria la acción, en tanto que el pueblo hubiese aprovechado la primera oportunidad para llevar á cabo un levantamiento que, empezando con la defensa de la república, pudiera haber ido algo más allá en el sentido socialista.

Una cosa parecida ocurrió en España; tan pronto como los clericales y aristócratas que rodearon al rey le inclinaron á que apretara el tornillo de la reacción, los republicanos le amenazaron con un movimiento, en el cual, como era bien notorio, los trabajadores serían el principal elemento de combate. Sólo en Cataluña, había como unos cien mil hombres en bien organizadas uniones de oficio y más de ochenta mil españoles pertenecían á la Internacional, celebrando regularmente sus congresos y pagando puntualmente sus cotizaciones á la asociación con una conciencia del deber verdaderamente española.

Puedo hablar de este asunto por lo que personalmente vi sobre el terreno, y sé que se estaba dispuesto á proclamar la república federal en España, dar independencia á las colonias y en algunas de las regiones más avanzadas intentar algo serio en sentido colectivista. Esta amenaza permanente fué la que impidió que la monarquía española suprimiera todas las organizaciones de agricultores y obreros é inaugurase una franca reacción clerical.

También en Italia existían condiciones muy semejantes: las uniones de oficios en el Norte del país no habían alcanzado la fuerza que hoy tienen; pero partes importantes de la nación se hallaban sembradas de secciones de la Internacional y de grupos republicanos. La monarquía se hallaba bajo una amenaza constante de ser derribada, en cuanto los republicanos de la clase media apelaran á los elementos revolucionarios existentes entre los trabajadores.

En suma, volviendo la vista atrás, hacia esos años, de los que nos hallamos hoy separados por un cuarto de siglo, estoy firmemente persuadido que, si Europa no pasó por un período de terrible reacción después de 1871, eso fué debido principalmente al espíritu que se difundió por la Europa occidental antes de la guerra franco-alemana, y que desde entonces se ha mantenido vivo por los anarquistas internacionales, los blanquistas, los mazinianos y los republicanos «cantonales» españoles.

Los marxistas, como es de suponer, absortos por sus luchas electorales, apenas se enteraron de nada de esto. Procurando no atraer el rayo de Bismark sobre sus cabezas, y temiendo, ante todo, que el espíritu revolucionario pudiera hacer su aparición en Alemania, dando lugar á represiones á las que no se encontraban con fuerzas para resistir, no sólo repudiaron, como cuestión de táctica, toda clase de relación con los revolucionarios de Occidente, sino que gradualmente llegaron á sentirse inspirados de odio hacia dicha tendencia, denunciándola con virulencia dondequiera que hacía su aparición, hasta cuando vieron sus primeras manifestaciones en Rusia.

Ningún periódico revolucionario podía publicarse en aquella época en Francia bajo la férula de Mac Mahón; el canto mismo de *La Marseillesa* era considerado como un crimen, y una vez (en Mayo del 78) quedé extraordinariamente sorprendido al ver el terror que se apoderó de varios de los viajeros que iban en el mismo tren que yo, al oír á unos cuantos reclutas entonar la canción revolucionaria. «¿Es permitido otra vez cantar eso?» — se preguntaban unos á otros asustados. La prensa francesa no contaba con ninguna publicación socialista; la española estaba bien redactada, y algunos de los manifiestos de sus congresos eran admirables exposiciones del socialismo anarquista; pero ¿quién conoce las ideas españolas fuera de España? En cuanto á los periódicos italianos, todos tenían una vida efímera, apareciendo, desapareciendo y volviendo á reaparecer en otra parte con nombre distinto; y á pesar de la verdadera importancia que algunos de ellos tenían, no consiguieron ver extendida su circulación más allá de la frontera. Por cuya razón, la Federación del Jura, con sus órganos impresos en francés, vino á ser el centro del sostenimiento y la expresión, en los pueblos latinos, del espíritu que, lo repito, salvó á Europa de un negro período de reacción. Siendo, al mismo tiempo, el terreno sobre el cual las concepciones teóricas del anarquismo se formularon por Bakounin y sus partidarios, en un lenguaje que fué comprendido en toda la Europa continental.



## III.

Un crecido número de hombres notables, de diferentes nacionalidades, quienes en su gran mayoría habían sido amigos personales de Bakounin, pertenecían en aquel tiempo á la Federación del Jura.

El editor de nuestro principal periódico, el *Boletín de la Federación*, era Jaime Guillaume, profesor de instrucción pública, que pertenecía á una familia aristocrática de Neuchatel. Pequeño, delgado, con la apariencia severa y resuelta de un Robespierre y con un corazón verdaderamente hermoso, que sólo se daba á conocer entre sus íntimos, era un jefe innato por sus exuberantes facultades para el trabajo y su actividad incansable. Durante ocho años luchó contra toda clase de obstáculos para mantener la vida del periódico, tomando una parte muy importante en todo lo concerniente á la federación, hasta que hubo de abandonar Suiza, donde no encontraba trabajo de ninguna clase, y establecerse en Francia, en cuyo país se citará algún día su nombre con gran respeto en la historia de la enseñanza.

Adhemar Schvitzguebel, también suizo, era el tipo del jovial, alegre y vivo relojero de las montañas del Jura por la parte de Berna. Siendo grabador de relojes de oficio, nunca intentó abandonar su posición de obrero manual, y contento siempre y activo, sostenía á su numerosa familia á través de los tristes períodos en que el trabajo era escaso y los jornales reducidos. Su aptitud para estudiar una cuestión económica ó política difícil, y después de pensar bien sobre ella, considerarla desde el punto de vista obrero, sin despojarla de su profunda significación, era admirable. Lo conocían bastante en la «serranía», teniendo muchos y buenos amigos entre los trabajadores de todos los países.

Contrataba con éste otro suizo, relojero también, llamado Spichiger; era un filósofo, tanto en el pensar como en los movimientos, de aspecto inglés, que siempre procuraba depurar los hechos, impresionándonos á todos por la exactitud de las conclusiones á que llegaba, al ocuparse de una infinidad de asuntos, mientras se hallaba invertido en rematar tapas de relojes.

En torno de estos tres se reunían muchos trabajadores entusiastas y convencidos, amantes apasionados de la libertad y felices al poder tomar parte en un movimiento de tan risueño porvenir, destacándose entre ellos un numeroso grupo de jóvenes inteligentes y despiertos, en su mayoría relojeros también, que se hallaban animados de los más levantados propósitos y dispuestos á sacrificarse por la idea.

Varios refugiados de la Commune de París se habían unido á la federación. El gran geógrafo Elíseo Reclus era uno de ellos; tipo del verdadero puritano en sus costumbres y del filósofo enciclopedista francés del siglo pasado, por su entendimiento; hombre capaz de inspirar á los demás, pero no dispuesto á gobernarlos ni á dirigirlos; anarquista cuyo ideal es el resumen de un amplio é íntimo conocimiento de las formas de vida de la humanidad, bajo todos los climas y en todos los períodos de civilización; que ha escrito libros dignos de figurar al lado de los más importantes de la época, con un estilo y hermosura tal, que con-

mueve al mismo tiempo el pensamiento y la conciencia, y que al entrar en la redacción de un periódico anarquista, dice al gerente, aun cuando sea un niño comparado con él: «Decidme lo que tengo que hacer», sentándose como el más humilde redactor á llenar cuartillas para el próximo número. En la Commune de París él se limitó sencillamente á tomar un fusil y ser un soldado de fila; y si invita á un colaborador á ayudarle en la composición de un volumen de su universalmente famosa geografía, y aquél le interroga tímidamente respecto á qué ha de hacer, al punto le responderá: «Aquí están los libros; ahí la mesa. Haced lo que queráis».

A su lado se hallaba Lefrançais, hombre de alguna edad, que fué profesor de instrucción pública en otro tiempo y que había estado tres veces emigrado después de Junio del 48, á causa del «golpe de Estado» de Napoleón y tras los acontecimientos del 71. Ex miembro de la Commune, y, por consiguiente, uno de aquellos de quien se decía que habían salido de París con los bolsillos repletos de millones, trabajó de mozo de estación en el ferrocarril de Lausanne, estando á punto de perder la vida en tal ocupación, que reclamaba espaldas más fuertes que las suyas. Su libro sobre la Commune es el que contiene la verdadera significación histórica de aquellos acontecimientos. «Soy comunalista, pero no anarquista — decía —; no puedo estar al lado de locos semejantes», y, sin embargo, con nadie estaba más que con nosotros, porque, como solía decir, «á pesar de todo, sois la gente que más me gusta, pues se puede trabajar á vuestro lado sin perder uno su individualidad».

Otro de los ex miembros de la Commune que se encontraba entre nosotros era Pindy, un carpintero del Norte de Francia é hijo adoptivo de París, donde se dió á conocer durante una huelga sostenida por la Internacional, por su energía y clara inteligencia, siendo después elegido para el mencionado cargo y recibiendo de la Commune el nombramiento de gobernador de palacio de las Tullerías.

Cuando las tropas versallesas entraron en París, fusilando á sus prisioneros á centenares, tres hombres, por lo menos, fueron pasados por las armas en diferentes partes de la capital, á quienes tomaron por él. Sin embargo, una vez terminada la lucha, fué oculto por una joven valerosa, de oficio costurera, que le salvó, gracias á su serenidad, y que más tarde vino á ser su compañera. Sólo á los doce meses después de aquellos sucesos pudieron abandonar París sin ser vistos y venir á Suiza. Aquí aprendió el oficio de ensayador de metales, en lo que se hizo muy hábil, pasando los días al lado de la enrojecida estufa, y las noches dedicado apasionadamente á trabajos de propaganda, en los cuales combinaba admirablemente el ardor del revolucionario con el buen sentido y facultades organizadoras características del trabajador parisién.

Pablo Brousse era entonces un médico joven, lleno de actividad mental, vivo, alegre, animado, dispuesto á desarrollar cualquier idea con una lógica matemática hasta sus últimas consecuencias, fuerte en la crítica del Estado y su organización, y hallando tiempo suficiente para publicar dos periódicos, uno en francés y otro en alemán, escribir una multitud de voluminosas cartas y ser el alma de las reuniones nocturnas de obreros, á todo lo cual se unía un trabajo constante dedicado á organizar trabajadores, con esa delicadeza de concepto propia de un verdadero «meridional».



Entre los italianos que colaboraban con nosotros en Suiza, se hallaban dos compañeros cuyos nombres permanecieron siempre asociados y no se han de olvidar muy fácilmente en Italia, siendo ambos íntimos amigos de Bakounin; estos hombres se llamaban Cafiero y Malatesta. El primero era un idealista del tipo más puro y elevado, que había consagrado su considerable fortuna á la causa, sin preocuparse después cómo podría vivir en el porvenir; un pensador sumergido en especulaciones filosóficas; un hombre incapaz de hacer daño á nadie, y, sin embargo, tomó un fusil y marchó á los montes de Benevento, cuando él y sus amigos calcularon que un alzamiento de carácter socialista debería intentarse, aunque no fuera más que para dar á conocer al pueblo que sus actos de rebeldía contra los cobradores de impuesto era necesario revistieran mayor alcance y más profundo significado. Malatesta era un estudiante de Medicina que había abandonado su carrera y también su fortuna por dedicarse á la revolución; lleno de ardor é inteligencia, verdadero idealista, que en toda su vida — y ya se aproxima á los cincuenta — ha pensado jamás si tendría un pedazo de pan para la cena y una cama donde pasar la noche. Sin tener siquiera una habitación que poder llamar suya, ha visto correr los días vendiendo sorbete en las calles de Londres para poder vivir, y las noches escribiendo brillantes artículos para la prensa italiana. Preso en Francia, expulsado después, condenado de nuevo en Italia, confinado en una isla, fugado y vuelto de nuevo de incógnito á su país; siempre en la vanguardia, y sea en Italia ó en otra parte, ha perseverado en esta clase de vida durante más de treinta años sucesivos. Y cuando lo volvemos á encontrar recién venido de una prisión ó fugado de alguna isla, lo hallamos tal como estaba la última vez que lo vimos; siempre dispuesto á continuar la lucha, con el mismo amor á sus semejantes, la misma falta de rencor contra sus adversarios y carceleros, la misma franca sonrisa para el amigo é igual afecto para las criaturas.

Entre nosotros el número de rusos era limitado, habiéndose ido la mayor parte con los demócratas socialistas. Estaban, sin embargo, á nuestro lado Jankousky, amigo de Herzen, que había abandonado á Rusia en el 63 — hombre perteneciente á la nobleza, elegante, vivo é inteligente, que tenía gran partido entre los trabajadores —, y que, más que ninguno de nosotros, poseía lo que llaman los franceses *l'oreille du peuple* (el arte de conquistar el auditorio), porque conocía el modo de entusiasmarlo, mostrándole el importante papel que estaba llamado á representar en la reconstrucción de la sociedad, levantando su ánimo ante la vista de los grandes hechos históricos, arrojando un rayo de luz en los más arduos problemas económicos, y electrizando con su franqueza y sinceridad. Y Sakoloff, que había pertenecido al cuerpo de Estado Mayor ruso y era un admirador de Pablo Luis Courier por su entereza, y de Proudhon por sus ideas filosóficas, cuya propaganda en artículos de revistas trajo al campo socialista fuerzas de consideración.

Sólo hago aquí mención de aquellos que se hicieron generalmente conocidos como escritores, delegados á los congresos ó en algún otro concepto. Y, sin embargo, no dejo de preguntarme si no haría mejor en hablar de aquellos que, á pesar de no haber visto jamás sus nombres en letras de molde, tuvieron tanta importancia en la vida de la federa-

ción como cualquiera de los otros; peleando con constancia y energía, sin salir del seno de la masa anónima, y siempre dispuestos á tomar parte en cualquier arriesgada empresa, sin preguntar nunca si el trabajo sería grande ó pequeño, modesto ó distinguido, si traería importantes consecuencias ó sería simplemente fecundo en molestias infinitas para sus familias y ellos.

Debería también mencionar á los alemanes Werner y Rinke, al español Albarracín y á otros muchos; pero temo que estos ligeros bocetos míos no despierten en el lector la misma impresión de respeto y cariño con que cada uno de los que constituían esta pequeña familia se hacía apreciar por los que lo trataban personalmente.

## IV.

De todas las poblaciones suizas que conozco, La Chaux-de-Fonds es tal vez la menos atractiva; situada en una alta meseta desprovista de toda vegetación y abierta á los vientos fríos de un riguroso invierno, en ella cae la nieve en tanta cantidad como en Moscou, y se derrite y vuelve á caer con tanta frecuencia como en San Petersburgo. Pero era conveniente extender nuestras ideas y dar más vida á la propaganda local. Allí estaban Pindy, Spichiger, Albarracín, el blanquista Ferré, y Jallot; pudiendo yo de cuándo en cuándo ir á hacerle una visita á Guillaume en Neuchatel y á Schwitzguébel en el valle de San Javier.

Entonces empezó para mí una vida de trabajo atractivo. Celebramos muchos mítins, distribuyendo nosotros mismos las convocatorias por los cafés y talleres. Una vez á la semana se reunía nuestra sección, lo que daba lugar á las más animadas discusiones, y también íbamos á predicar el anarquismo á las reuniones promovidas por los partidos políticos. Yo viajé mucho en aquellos días, visitando á otras secciones y ayudándoles en lo que podía.

Durante aquel invierno conquistamos muchos prosélitos; pero la marcha normal de la propaganda se vió entorpecida por una crisis en la industria relojera. La mitad de los obreros se hallaban parados ó sólo trabajando menos tiempo del regular; así que el municipio tuvo que abrir cocinas económicas donde se proporcionaban raciones al precio de costo.

El taller cooperativo establecido en La Chaux-de-Fonds por los anarquistas, en el cual las utilidades se dividían por igual entre todos sus miembros, encontró muy difícil el hallar trabajo, á pesar del crédito de que gozaba, y Spichiger tuvo que recurrir varias veces á cardar lana para poder vivir.

Todos nosotros tomamos parte aquel año en una manifestación que se hizo en Berna, llevando á la cabeza la bandera roja. La ola de la reacción había llegado hasta Suiza, y el hacer uso de la bandera de los trabajadores estaba prohibido por la policía de dicha ciudad, á pesar de ser un derecho consignado en la Constitución. Era, pues, necesario manifestar que, á lo menos, ya que no en todas, en algunas poblaciones aquéllos no estaban dispuestos á permitir que se pisotearan sus libertades, y se encontraban decididos á oponer resistencia. Por esto fuimos todos á dicha ciudad en el aniversario de la Commune á pasear la bandera roja por las calles, á pesar de la prohibición.